

Mis toponimias del tejo.

Texto: Guillermo García Pérez

Ciertos compañeros de trabajo, conocidos diversos y amigos ocasionales me preguntan a veces sobre el origen de mi afición a la toponimia del tejo (*Taxus baccata*, L.). Voy a tratar de aclararlo aquí para satisfacer esa curiosidad. Y tal vez tenga interés, además, para entender cómo y por qué se pueden generar cierta suerte de investigaciones.

A finales de los años sesenta, cuando aproveché la primera ordenación de la enseñanza universitaria española en cursos semestrales para desplazarme una temporada a París con el fin de estudiar, sobre todo, la lengua, cultura y modos de vida de país vecino, descubrí con cierta sorpresa (había elegido la rama de Ciencias en el Bachillerato y vivía de enseñar Matemáticas y Mecánica) que, en los puestos callejeros del Barrio Latino, se vendían a buen precio, de segunda mano, folletos sobre las etimologías griega y latina de la lengua francesa, la complicada ortografía de la misma y cuestiones similares.

Pensé entonces que, estudiando un poco por encima esos libritos, podría mejorar a la vez los conocimientos de ambas lenguas (francés y español). Y, por otra parte, me parecieron lecturas entretenidas y divertidas. Cuando al llegar a casa enseñé el resultado de estas compras a la familia con la que vivía, me felicitaron por la idea. Por que, según me mostraron, el diccionario CHAMBER'S decía, además, si no recuerdo mal, que en torno al setenta por ciento de las palabras inglesas eran de origen grecolatino. Y, siendo así, nos parecía que con estas curiosas lecturas estaba matando, a la vez, por así decirlo, dos pájaros de un tiro.

En los primeros años setenta, cuando aprovechando circunstancias académicas similares, me desplacé tres temporadas a Londres con propósitos paralelos, caí en seguida en la cuenta de que, para entender tan enorme ciudad y poder orientar mis reiteradas andanzas y paseos por los barrios, calles, parques, jardines y librerías de la misma, era más que conveniente, casi necesario, traducir, aunque sólo fuese *grosso modo*, los nombres de los lugares correspondientes.



Salto del Árbol Viejo (desgarrado de nuevo en el verano de 2009). Cercedilla, Madrid.

Descubrí así en seguida que si una zona, una calle o una estación de metro de esta ciudad se llama *North-*, *South-*, *East-* o *West-* no es por casualidad. Lo mismo sucedía y sucede con *route* (ruta, camino, carretera, etc.), *road* (camino, etc.), *street* (calle), *court* (patio, pista, cancha), etc. Cuando hablamos el idioma materno, no solemos advertir expresamente los matices o diferencias de carácter gramatical o semántico, que nos parecen “naturales”. Pero repárese en que, por ejemplo, en español el *Dicc.*

ideológico de J. CASARES recoge más de cincuenta formas distintas en relación con la idea de *calle* y más de un centenar para *camino*.

Aunque la correlación entre los conceptos sea ya mucho más baja, en la típica urbana las calles principales suelen estar dedicadas a ciudades, personajes o acontecimientos importantes para quienes les asignan y fijan su nombre. Los caminos, puertas, estaciones de X suelen indicar, una vez interpretados, la direc-

■ EXCURSIONES MONTAÑERAS

ción u orientación en que se encuentra X a partir de un punto de referencia determinado. Etc.

Supongo, pues, que fue así como, de un modo “socionatural”, me fui haciendo a la idea de que, aunque los topónimos rurales pueden ser el resultado de las malformaciones, dialectos, hablas y orígenes más caprichosos y extraños (a determinar en cada caso concreto), en general tienen una razón de ser *topográfica*, es decir, *descriptiva*, y visto con mayor precisión, es decir, con mayor calado y amplitud de miras, una explicación *geográfica* (hombre+naturaleza+historia). La ciudad de Palo Alto (California), p. e., debe su nombre español (1769) a una secuoya: voz que tiene su origen, a su vez, en un jefe indio cheroqui (1760-1838) cargado de historia.

En los años ochenta y siguientes, libre ya de otras necesidades, compromisos y obligaciones, e influido, tal vez, por el libro de F. BRAUDEL (1971) sobre *Las civilizaciones actuales*, me propuse aprovechar el tiempo libre de las habituales vacaciones de verano, para viajar un poco más por el mundo y poder conocer en directo, en la pequeña medida en que fuese posible, las principales culturas y civilizaciones de nuestro tiempo, así como las que las han precedido. En esta suerte de viajes es habitual que, tanto las guías de calidad impresas, como los guías verbales inmediatos (traslados, yacimientos, monumentos, etc.) expliquen la toponimia (a veces en términos solventes, otras, como entre nosotros, en modos convenientemente amañados por intereses económicos, religiosos o ideológicos en general) de las ciudades o lugares visitados.

En la idea (mero fruto de la observación, no recuerdo con qué motivo) de que *nar*, *nares*, *henar*, *henares*, *fenares*, *naz*, etc., pudiera estar en España relacionado con río o agua en general, aún recuerdo la agradable impresión que me produjo (cuando no tenía aún la menor idea de la existencia o, al menos, de la importancia del indoeuropeo) que en la India, sobre el propio río, me tradujeran *Benarés* por *dos-ríos*, los ríos o confluencia de ríos.

En los mismos años ochenta, cuando me propuse estudiar (*more* antropología social) los cambios sociales en el Valle Alto del Duero, me pareció obligado

prestar atención al enfoque etnohistórico correspondiente, terreno en el que embarranqué a causa de la escasez, imprecisiones, y contradicciones del material publicado que pude ver al respecto.

En la medida en que tenía alguna lejana relación con mi tema, un buen amigo de los años de Económicas me pasó un buen día en la Biblioteca Nacional un artículo de un “inglés” sobre la geografía del “*Cantar del Cid*”. Por que, dijo, ya estaba bien de tanto “organizar” y estudiar, y “por que también nosotros teníamos derecho a distraernos y divertirnos” leyendo poesía medieval.

Por aquel entonces, yo no conocía más del ‘*Cantar de Myo Çid*’ que unos cuantos versos leídos de paso en los libros de literatura de tercero o cuarto de bachillerato. Pero aquel articulito me llamó la atención. Más que por el tema y los aciertos, por los errores que contenía en cuanto a las descripciones y los detalles geográficos de un entorno que yo conocía bien y de primerísima mano. Y poco después, curioseando ya sobre estos asuntos, me sucedió lo mismo con otro artículo de un conocido autor que relacionaba las vías o calzadas romanas con la “ruta del destierro” del Cid.

Me propuse entonces redactar una especie de breve nota para aclarar, en tema de tanta importancia cultural, aquellos pequeños o grandes errores topográficos. Pero, una vez que hube puesto manos a la obra, vi que, refutar formalmente esta suerte de afirmaciones, era más complicado de lo que parece a primera vista. De modo que, puestos a hacer las cosas bien, y de una vez por todas, tenía que recorrer andando yo mismo las rutas del Myo Cid. Y dadas, entre otras varias circunstancias favorables, mis ya viejas aficiones serranas o montañeras, decidí hacerlo. Fue así como, tras tres años de exploraciones, tanteos y caminatas parciales más o menos prolongadas, más otros tantos o más de bibliotecas y archivos, terminé escribiendo una guía de *Las rutas del Çid* (1988), que malogró un editor torpe y desvergonzado. Véanse los detalles en la edición correcta de dicho libro (Madrid, 2000, Ed. Polifemo).

Las marcha en solitario para buscar los caminos o probar los diferentes pasos y posibilidades de tránsito de las sierras

(Miedes, Maestrazgo, etc.), dan mucho tiempo para pensar. Fueron varias, desde luego, las personas que se mostraron encantadas con la idea, pero muy pocas las que acudieron al tren, al bus o al turismo en el momento de la verdad, incluso en las excursiones de tanteo

En estos viajes, lo primero es, desde luego, la seguridad (camino correcto, geografía, estado del tiempo, distancias, alojamientos y demás elementos a considerar). Lo segundo, la lectura, recreación y comprobación de los datos topográficos citados en el *Poema*. Lo tercero, la geografía en acción (naturaleza, paisajes, viviendas, cultivos, ganadería, etnografía en general, etc.). Y queda aún, para el camino, la conversación con los lugareños desocupados que puedan aparecer, los diálogos con el o los acompañantes (cuando los hay), la contemplación y el ensimismamiento en el paisaje, la interpretación de la naturaleza y de la toponimia en sí misma y en relación con la orientación y los caminos, etc. Es así como se apreciaba, ante la necesidad de tomar la senda o el camino correcto con la ayuda de los mapas topográficos a la vista, la capacidad informativa, es decir, el valor descriptivo y cultural de la toponimia. Por que la toponimia, incluso cuando es básicamente descriptiva, conlleva en sí otros varios valores culturales (cambios de lenguas, de fonética, de grafía, de uso humano, de valor histórico real o simbólico, etc.).

Nacido y criado en tierras cercanas de teja más bien roja, en el curso de estas andanzas y exploraciones, después de pasar la “Sierra de Miedes” (de *Pela* o de *Agrixa*) y la “Montaña maravillosa y grande” (Santo Alto Rey) del *Cantar*, entre Albendiego, Prádena, Cantalojas y “Las Minas” (Hiendelaencina), provincia de Guadalajara, me encontré con la sorpresa de que los tejados tradicionales (corrales de campo, viviendas, cobertizos, etc.) eran negros, es decir, de pizarras más o menos toscas o pulimententadas. Pueblos “negros” o de “arquitectura negra” se ha llamado después a estas aldeas de la antigua Sierra de Ayllón, al N.E de Madrid y al N.O. de Guadalajara. Hasta entonces, yo no recuerdo haber visto más cubiertas de pizarra en España que los tejados de placa fina y pulida del Monasterio de El Escorial o los albergues lujosos del Puerto de Navacerrada. ➔

Mis toponimias del tejo.

⇒ Hacia el año 2000, cuando ya se habían puesto de moda entre los montañeros de Madrid las excursiones al Hayedo de Tejera Negra, organizamos con Juan Romero y otros amigos del Grupo de Montaña del Ateneo una marcha particular hacia Cantalojas para darnos el placer de conocerlo y, para evaluar, y en su caso preparar, como tantas otras veces, una excursión en autobús para el conjunto de la Agrupación.

Fue entonces, cuando, como de costumbre, comencé a interesarme por la toponimia de *Tejera Negra*. De acuerdo con mis experiencias anteriores (había visitado Cantalojas más de media docena de veces), la traducción parecía fácil: se referiría sin duda, como también han supuesto otros autores, a *canteras* de pizarra, de donde se extraería la *teja negra* que tanto abunda en ese pueblo y en los que he mencionado antes. Sin embargo..., seguíamos avanzando, dando la vuelta por las cumbres al circo del Hayedo, y la roca negra no aparecía por ninguna parte. Todo era esquisto, muy degradable, y gneis de color más bien blanco o grisáceo. Pensamos que, finalmente, encontraríamos “las canteras” de pizarra *negra* al llegar al Collado del Hornillo. Pero no fue así. La traducción *tejera negra* = tejar (alfar) de pizarra negra, que parecía tan fácil e inmediata, no tenía, pues, el sentido *natural* que habíamos imaginado. Y es que, como diría K. Marx a propósito de la Economía, si las cosas fuesen tan sencillas como parecen a primera vista no tendríamos necesidad de investigar.

Todo esto me llevó a sospechar que la voz *tejera* pudiera tener o haber tenido otros significados. Pero no figuraba, como tal, en el *Dicc.* de la RAE o similares, que sólo la recogen, indirectamente, como femenino de tejero: mujer del tejero. Tampoco figura en dichos diccionarios el nombre técnico, *tejeda*: bosque, grupo, rodal o conjunto de tejos. Lo más próximo que pude hallar es tejar (alfar): “Sitio donde se fabrican tejas, ladrillos y adobes”. En cuanto a *tejo* en el *Dicc.* de la RAE, después de leer ocho acepciones, más la figurada (“tirar los tejos”), aparece “*tejo*² (Del

lat. *taxus*) m. Árbol de la familia de las taxáceas, siempre verde, ...”.

Fue así como empecé a enterarme de lo que era y significaba un tejo (*taxus baccata* L.), árbol sobre el que no había oído hablar nunca a pesar de llevar ya muchos años andando por las sierras. Y fue así, a su vez, como comencé o sospechar que *tejera* pudiera significar o haber significado también bosque o conjunto de tejos. En efecto, en mis estudios publicados¹, entre otros, puede verse que, aunque, como ya he dicho, el nombre técnico es *tejeda*, en la tónica hispana la forma *tejera* (*texeira*, *teixeira*, *tejería*, *teixeta*, etc.) y derivados (*tejillas*, *tejuelas*, *tejerizas*, etc., etc.) predomina aún claramente sobre *tejeda* en toda la Península.

Al parecer, una vez que la homonimia (alfar y bosque de tejos) hubo creado históricamente la confusión, el hablante tuvo que inventarse un segundo término para diferenciar ambos conceptos. Y eligió *negra* (en alusión al marcado color verdinegro del tejo), *hermosa* (en atención a su belleza), etc., para designar la *tejera* impropia o menos habitual.

Pero, ¿dónde están o estuvieron los *taxus* de esta *Tejera Negra*? Ahora se enseña un tejo, entre otros varios árboles autóctonos, en la “Senda Botánica” de este Hayedo. Y hay, además, una *tejeda* notable, muy escondida, poco visible, que sólo conocemos unas cuantas personas, en los escarpes de *Valparaíso*. Todo ello en la cuenca del río Lillas. Pero nada de esto tiene que ver con el nombre de *Tejera Negra*. Cientos de excursionistas visitan el *Hayedo* todos los años, sobre todo en otoño, y, como es natural, encuentran un hermoso bosque de hayas, que es lo que les habían prometido. Pero nada, en absoluto, que evoque o justifique las voces *tejera* o *negra* en términos naturalistas. Hay, pues, que seguir investigando.

El “Parque Natural del Hayedo de Tejera Negra” recibe su nombre principal del Hayedo (y allí están las hayas) y su nombre complementario, “Tejera

Negra”, del valle vecino por el Poniente, la cuenca del río Sorbe, donde aparece en los mapas topográficos un barranco menor, expuesto al Norte, con el nombre de *Tejera Negra*. Por otro lado, el espólón del Sistema Central que cierra esta cuenca por el S.O., que arranca de las inmediaciones del Puerto de la Quesera (Riaza), se llama asimismo *Sierra de Tejera Negra*.

La exploración de esta Sierra, a partir del mencionado Puerto de la Quesera, dio el mismo resultado que la vuelta al circo del Hayedo: esquisto blanco grisáceo o gneis. Más blancos aún que los del dicho circo. Pero conseguimos llegar hasta el Barranco de *Tejera Negra*, donde, ¡*jeureka!*!, pudimos ver y fotografiar algunos tejos.

Meses más tarde, cuando supusimos que habría bajado ya el caudal del río Sorbe, que tendríamos que cruzar, organizamos con Juan José Aguirre y Juan Larrea otra excursión. Pero, en este caso, a partir del *parking* del Hayedo. Y vimos allí, en el Brco. de *Tejera Negra*, entre pinos y abedules, siguiendo la senda y las cintas que habían puesto los forestales, unos dos centenares de tejos. Más arriba, reptando bajo los arbustos cuando se agotaron dichas cintas, encontramos además dos acrisolados núcleos de tejos viejos, tal vez milenarios.

El nombre de ese barranco está, pues a mí entender, plenamente justificado en términos descriptivos. La importancia y significado que tuvo el lugar se percibe asimismo observando que, el serrión inmediato e incluso el propio Hayedo, en la cuenca vecina, como ya he dicho, habían tomado su nombre.

Algún tiempo después, cuando estudié “Las huellas del tejo en el *Libro de la montería*” (2006), descubrí, no sin cierto esfuerzo, que esta misma *tejeda* aparece en los siglos XIII-XIV bajo el nombre de *Tejera Hermosa* (*Fermosa*), apelativo medieval que permitía igualmente al hablante diferenciarla de una *tejera* ordinaria (el alfar). Tenemos sin embargo que lamentar que, en el proceso de maquetación de la revista *El Ateneo*, donde se

EXCURSIONES MONTAÑERAS

publicó este artículo, suprimieran el párrafo que contenía la parte fundamental de la explicación correspondiente.

Varios meses después, una vez que habíamos tomado la costumbre de combinar a menudo en lo posible, de acuerdo con los gustos de los participantes, las excursiones montaÑeras con la búsqueda de tejos silvestres, encontré en los mapas topográficos otra Tejera Negra en Horcajuelo (Madrid). Tras tres intentos espaciados, que no es oportuno detallar ahora, logramos también encontrar allí, entre acebos que rebrotan y pinos alóctonos, los restos de la tejeda correspondiente: dos tejos, al menos. Más tarde aparecieron otros casos (Pozo Negro, etc.) que pueden verse en mis estudios. Y, a partir de ahí, animados por estos pequeños éxitos, hemos continuado, sin prisa pero sin pausa, buscando tejos silvestres ignorados en los montes más cercanos a Madrid (Sierras de Ayllón y de Guadarrama, etc.), a la vez que visitamos los ya conocidos (los registrados en el *Libro del tejo* o en otras fuentes) y comprobamos su estado de conservación.

Nuestro punto de partida en esas excursiones es siempre la toponimia. Pero, los topónimos en juego, bastante diversos, según podrá verse en mi última publicación al respecto, “Toponimia del tejo en la península Ibérica” (2009), sólo cobran sentido, en lo que se refiere a la búsqueda y posibilidades de encontrar el árbol o sus huellas (físicas, documentales o etnobotánicas), cuando se dan o se han podido dar las condiciones habitacionales adecuadas. En consecuencia, el conocimiento del medio natural, por un lado, y de la ya relativa abundancia de literatura sobre el tejo, por otro, evitarán muchas frustraciones y pérdidas innecesarias de tiempo a quienes se interesen por esta suerte de prácticas medioambientales.

Un fin de semana sí y otro también, mientras el tiempo y otras circunstancias lo permitan, a lo largo de varias décadas, dan bastante de sí. No obstante, no es posible acceder ni visitar todos los posibles lugares probables a tomar en consideración en un territorio amplio determinado. Sólo con varios estudiosos aficionados coordinados, operando en distintos territorios locales proclives al tejo, podría hacerse un rastreo eficiente en base a unas referencias toponímicas determinadas. Sin embargo, como las aficiones pueden

fomentarse, y más o menos estudiosos pueden existir en cualquier parte, en la medida en que publiquen sus resultado al respecto, colgándolos por ejemplo en Internet, se puede avanzar bastante en esa suerte de empeños. Fue así como pensé en “La Toponimia del Tejo en Internet” (2005), elaborando una metodología *ad hoc* (aplicable al rastreo similar de cualquier otro fitotopónimo) que concreté y apliqué al caso particularmente productivo de las fuentes (manantiales).

Pero cabe también seguir avanzando en este campo mediante otras varias aproximaciones. En “Huellas del tejo en el mapa de carreteras (España y Portugal)” (2006) apliqué en esencia el mismo método a una base geográfica y lingüística más amplia. A continuación, en “La toponimia del tejo en la Península Ibérica” (2009), la lectura de la literatura europea más conocida sobre el tejo, en particular la británica, me permitió profundizar y ampliar considerablemente el marco de referencia lingüístico. Finalmente, las facilidades para manejar el programa “Cartoteca” de IGN, en su versión actual en Internet, me ha llevado, hace ya más de medio año, a comenzar el rastreo de una muestra toponímica reducida en el *Mapa Topográfico Nacional de España 1:50.000*.*

Entre los diversos autores y colectivos europeos que se interesan por el estudio del tejo desde perspectivas conservacionistas, biológicas, sanitarias, históricas o etnobotánicas, merece, a mi juicio, mención especial el grupo británico AYG (*Ancient Yew Group*), que mantiene al día una excelente página en Internet. Uno de sus miembros más conocidos, Allen Meredith (un persona-

je que decidió hace años abandonar la carrera de las armas para dedicarse a la contemplación y vivencia de la naturaleza y, como consecuencia, a la defensa de los árboles), tiene en dicha referencia un artículo titulado “Iona: Origins of a Druid Island”. Cuenta en él como, “habiendo leído historias y oído leyendas [que se remontan al año 563 d.l.e.c.] sobre un misterioso tejo de una de las islas occidentales de Escocia [Iona], decidí encaminarse [1994] al lugar con dos compañeros para comprobar si aún existía tal tejo”. Y, tras las investigaciones históricas, ecológicas, toponímicas y lingüísticas en general que refiere, más las expediciones correspondientes para explorar *in situ* las posibilidades, logró encontrar “el viejo tejo” de los celtas (tal vez un retoño), aunque, dada la peligrosidad actual del escarpe, tuviese que renunciar a tocarlo.

*Preparando la edición.

¹GARCÍA PÉREZ, Guillermo (2003): “Toponimia de la Sierra de Guadarrama”, *La Sierra de Guadarrama: Reencuentro con el Viejo Amigo*, Madrid, 2003, FIDA, pp. 95-121.

IDEM (2004): “Toponimia del tejo en la Sierra de Gredos”, *Boletín de Arba*, 14 (2004), pp. 15-16.

IDEM (2004): “Toponimia del tejo”, *Cuadernos de Etnología de Guadalajara*, 36 (2004), pp. 83-93.

IDEM (2005): “Toponimia, ecología y botánica. La toponimia del tejo en Internet”, *Boletín de Arba*, 16 (2005), pp. 58-65.

IDEM (2005): “Taxus, Texas (U.S.A.) y mosquitos”, *Boletín de la Sociedad Ateneísta de Aire Libre*, 37 (2005), pp. 20-21.

IDEM (2006): “Huellas del tejo en el Libro de la montería”, *El Ateneo. Revista científica, literaria y artística*, XV-XVI (2006), pp. 77-85.

IDEM (2006): “Redundancia toponímica (España y Portugal)”, *El Nuevo Miliario*, 2 (2006), pp. 44-56.

IDEM (2007): “Toponimia del tejo en la Sierra de Gredos (continuación)”, *Boletín de Arba*, 18 (2007), pp. 29-30.

IDEM (2007): “Toponimia, ecología y botánica. Huellas del tejo en el mapa de carreteras (España y Portugal)”, *Cuadernos de Etnología de Guadalajara*, 39 (2007), pp. 207-226.

IDEM (2009): “Toponimia del tejo en la península Ibérica”, *Ecología*, 22 (2009), pp. 305-356.

IDEM y M. Mar RECIO DÍAZ: “Los tejos de El Buen Retiro”, *Boletín de la Sociedad Ateneísta de Aire Libre*, 40 (2008), pp. 13-16.

Boletín de la Sociedad Ateneísta de Aire Libre, 41 (2009), pp. 18-21.



Hoja, flor, fruto y semilla del tejo (Wikipedia)